

LA VIDA CARA

LA temporada política se vuelve a abrir en Europa. Este año tiene algún retraso con respecto a los anteriores, en razón de los Juegos Olímpicos. Munich se está aprovechando para algunas entrevistas de alto nivel: Heath con Lynch —los primeros ministros de Gran Bretaña y de Irlanda—, Willy Brandt con Heath, luego con Pompidou; Medici con Schaeel —ministros de Asuntos Exteriores de Italia y Alemania Federal—, y aun se sospechaba una visita, que no se confirma, de Breznev. Son conversaciones preparatorias de las dos grandes citas de la temporada: la de los Diez en París y la del 22 de noviembre en Europa para preparar la Conferencia de Seguridad Europea. Al mismo tiempo, los grandes políticos toman las medidas para las elecciones que les esperan. Francia debe celebrar elecciones generales en la primavera próxima; hay quien reclama que se anticipen para este mismo año. Las de la RFA están previstas ya para el 3 de diciembre. En Noruega, el día 25 se celebrará el «referéndum» para ratificar el ingreso en el Mercado Común; el primer ministro ha anunciado que si lo pierde, dimitirá. Dinamarca va a celebrar un «referéndum» con el mismo fin el día 2 de octubre...

LA cita con la agitación social está ya en marcha. Hay países, como Gran Bretaña, para los que no ha habido tregua de verano. Y en todos se advierte ahora una terrible invasión: de la vida cara. Tiene el aspecto de lo que los economistas comenzaron a llamar, hace cuatro o cinco años, «estagflación»: es decir, un largo período en el cual los precios aumentan incesantemente, mientras los negocios se mantienen a un ritmo lento, rompiendo así el clásico ciclo inflación/recesión; los períodos de prosperidad alternados por los períodos de crisis. Las medidas que se han ido tomando para hacer frente a esta anomalía han sido, hasta ahora, ineficaces e incluso contraproducentes. Por ejemplo, las presiones sobre la demanda —medida clásica de recesión— aumentan el número de obreros sin trabajo y no consiguen contener los precios.

LA agitación social, como consecuencia de la elevación de precios y el aumento de paros, y la contención de salarios producen huelgas; las huelgas se combaten con medidas represivas, y las medidas represivas producen un profundo malestar social, que a veces tiene que terminar —como ha



pasado recientemente en Gran Bretaña— con alguna concesión de los Gobiernos (la puesta en libertad de los obreros detenidos), que, sin embargo, no alivia la situación. Esta semana, en Brighton, comienza el congreso anual de las Trade Unions —los sindicatos—, en el que están representados por lo menos diez millones de obreros afiliados, y el primer tema a tratar es el de la represión, la Ley antihuelgas, que en realidad comenzó el Gobierno laborista, pero que el conservador endureció notablemente, hasta el punto de los encarcelamientos antes citados. Otro tema del congreso de Brighton es el del Mercado Común. Hay una propuesta de «boicot»: se propone a los obreros que a partir del 1 de enero —fecha del ingreso de Gran Bretaña— rechacen todas las medidas de gobierno que, encaminadas a la incorporación al Mercado Común, tengan repercusiones negativas sobre el mundo del trabajo. No parece que la propuesta vaya a prosperar, y, en todo caso, se ve muy difícil una acción común sindical sobre este tema.

La cuestión del Mercado Común aparece frecuentemente en las discusiones sociales. En Francia, el Plan Social ha de tenerlo en cuenta, y pretende que las medidas antiinflacionistas se coordinen simultáneamente en todos los países de la Comunidad. El plan que Messmer ha elaborado, después de numerosas consultas con los grupos sociales, se basa notablemente en la tesis degaullista de la «participación», ensalzada sobre todo tras las jornadas revolucionarias de mayo de 1968, aparentemente aceptada entonces por los empresarios (sólo aparentemente: la posterior caída del general De Gaulle tenía ésta como una de las causas) y muy apresuradamente convenida por los sindicatos, que se veían en aquellos momentos desbordados por unas huelgas que no controlaban, pero sin alcance práctico real hasta ahora y ahora repudiada. Las peticiones sindicales se hacen con carácter amenazador. Piden un salario mínimo de 1.000 francos semanales (12.657 pesetas), una jornada de trabajo de cuarenta horas por semana (prácticamente, cinco días de trabajo y dos de descanso completo) y jubilación a los sesenta años. El Gobierno tiene tentaciones electorales de hacer esas concesiones, pero parece considerar que los mil francos semanales de hoy aumentarán la inflación de manera, que cuando en la próxima primavera se trate de recoger el fruto electoral de esta concesión, los mil francos se hayan quedado tan cortos, hayan sido de tal manera absorbidos por el alza de precios, que la opinión pública esté tan indignada como ahora, la agitación social persista y no se hayan ganado votos.

En Italia, el fenómeno ha producido una curiosa resurrección del mercado negro, en el que los italianos fueron grandes maestros en la guerra y la posguerra. El Gobierno ha intentado enfrentarse con el alza de precios dictando severas medidas de contención, fijando precios obligatorios. He emitido una lista de 130 productos de precio invariable. La consecuencia ha sido que estos productos han desaparecido de los escaparates romanos. La ternera, a 140 pesetas kilo, no existe en Roma, hay que comprarla a 190 pesetas, haciéndole un gesto cómplice al carnicero, que la entrega en un paquete misterioso. Las amas de casa organizan expediciones al campo para adquirir sus verduras directamente al campesino. Y algún periódico recuerda que el primer decreto estabilizando los precios en Roma fue emitido por el Emperador Diocleciano, el año 301 a. de J. C., y no tuvo tampoco ningún éxito... El Gobierno centro-derecha de Andreotti está seriamente amenazado en esta temporada política. Realmente, había nacido sin fuerza, tras unas elecciones poco claras, después de meses de crisis y con el propósito del Parlamento de que durase lo suficiente para cubrir el verano. Hay otra crisis en puertas.

En Alemania Federal, las circunstancias no son tampoco nada favorables para Brandt. El canciller está apoyando su política electoral, sobre todo, en la política de apertura al Este. Pero el elector espera más. Espera que la serie de tratados con los países comunistas y la anunciada Conferencia de Seguridad Europea traigan consigo un amplio arreglo en la situación de las dos Alemanias. Más aún: ese arreglo debería hacerse antes de la Conferencia de Estocolmo, de manera que el representante de Alemania Federal pudiese sentarse apaciblemente junto al de la Alemania Democrática, sin hacer ningún esfuerzo diplomático. La cuestión es difícil. En la conferencia de la semana pasada entre las dos Alemanias —Egon Bath y Miguel Kohl—, las posiciones esenciales no han cambiado: la RFA pretende que los dos fragmentos lo son de una misma nación y que debe haber una tendencia a reunificarlos, y que, mientras, las relaciones deben mantenerse por enviados especiales; mientras la RDA sigue insistiendo en que son dos países distintos, que deben relacionarse por embajadores y que deben tener dos asientos en las Naciones Unidas. La cuestión está en que la RDA debe hacer algunas concesiones, porque así lo requiere la política general del Pacto de Varsovia, con vistas a la seguridad europea, y que Brandt deberá hacerlas también si quiere coronar su obra en esa misma reunión, para la que presionan los otros países europeos. Hay una urgencia para los dos bandos, y es la de la fecha electoral en la RFA. La situación de Brandt es difícil: demasiadas concesiones arruinarían su campaña electoral, pero no hacer ninguna, destruiría todo lo conseguido en su campaña de apertura y también sería catastrófico para su campaña.

En la temporada que se abre, asistiremos, sin duda, a varios cambios políticos de importancia en Europa. Puede ser que el principio de Gobiernos turnantes, de poderes alternos, que se había abandonado durante tanto tiempo, cambiándolo por la doctrina de poderes largos, sobre la idea de que un Gobierno duradero es más resolutivo que una sucesión de Gobiernos cortos, vaya ahora a resucitar, como medio más eficaz para contener las fuertes presiones sociales y para dar vía a estamentos de opinión y de opción más variables.



ESTOS TURISTAS BARATOS...

La madre tapa, protectora, los ojos de su pequeño: pasan unos turistas horribles. Son los turistas baratos. Más bien harapientos. Estrafalarios. La madre, con la mano libre, tapa sus propias narices: son malolientes. ¿Lo son realmente, o es un efecto psicológico? Pasan los turistas baratos y dejan tras de sí una ola de reprobación. El taxista apresura su marcha, no vaya a ser que le llamen. El caballero de corbata ancha —con lunares, por favor— les desprecia. Los turistas van de retirada; se han parado en la tienda de «souvenirs» —¡qué riqueza de quijotes de todas clases, con sus gordos sanchos al lado! ¡qué revuelo de muñecas con percal de bailarinas!—, han contado sus últimas pesetas y han sacudido sus cabezas en ademán negativo; se han agitado en este significativo gesto sus melenas, y la jovencita de la minifalda (esos muslos, señorita, se han pasado de «spray» bronceador: se nota mucho que no han pasado por el sol de la costa) se ha alejado velozmente, por si caía algo. Han pasado, y la gente se tranquiliza. La madre ha retirado la mano de los ojos de su hijito, le ha apartado de su regazo, y ahora se le ve en todo su esplendor: la rectitud de su raya en el peinado (ha vuelto la moda de la raya, caballero), su camisa almidonada, sus impecables calcetines blancos. De un portal surge otra mamá más joven: su bebé está sumergido en una orgía de volantes y puntillas. Todos nos sonreímos unos a otros, no nos decimos nada —el español es poco dado al uso de la palabra con el ajeno—, pero hacemos gestos en dirección a la estela de los barbudos. Nosotros somos nosotros. ¿Quién nos va a decir ahora que los ricos son ellos, los que se lavan son ellos?

¿Hemos matado al turista de los huevos de oro? ¿O no lo hemos tenido nunca? Es el comentario de los periódicos de estos días. Tenemos turismo/masa; vienen más, pero gastan menos. El ministro del ramo sale al paso: «Es inquietante que en un país con preocupaciones sociales como es el nuestro no nos interese más que el turismo rico, lo que es una falta de sensibilidad social». Es inquietante. Nosotros nos habíamos vestido

para el turista rico, para gustarle y agrada-le; nos habíamos ido de vacaciones con nuestra camisa limpi-ta (y a rayas gruesas, claro), nuestros pantalones (también a rayas; esto es así); nuestras parejas iban con su bonito

conjunto playero, su permanente y su canesú. ¡Cómo iban a no mirarnos admirativamente los turistas!

Y no nos miran. ¿Qué miran los turistas? Cuando no el paisaje, miran un libro. En la mochila ¡hay libros! Gente rara. Nosotros nos decimos con timbre de orgullo y para demostrar las excelencias de nuestro veraneo: «No he leído ni siquiera un periódico». ¡Ellos leen libros! Se les ha visto debajo de un pino con su «paper back», de Dostojewsky o de John Updike —no tienen método—, incluso tratando de descifrar las metáforas de un García Lorca en su idioma original —que resulta ser el nuestro—. Se les ha visto, los muy baratos, metiendo en un saquito de plástico su cáscara de plátano, sus botellas vacías de coca-cola, sus raspas de sardina y sus vasitos de plástico, como aquel que quiere respetar la Naturaleza. Son de clase social baja estas gentes.

Dan un poco de risa. Nosotros tenemos más libertad. A veces disparamos nuestras colillas con el pulgar y el medio, con un gesto gracioso y displicente. Nuestra muchachita, cuando la llevamos al Parque de Atracciones (¿es que en Europa hay un gusano loco como el nuestro? ¿Y nuestro pulpo? ¿chillan más los niños del Mercado Común que los de nuestras cafeterías? ¿o es que a esas horas nocturnas están dormidos, en esos países sin salero?); nuestra muchachita, decíamos, escupe maravillosamente las cáscaras de pipa al cuello del señor de la fila siguiente en el Parque de Atracciones. ¡Y que se enfade, si se atreve!

Quizá ellos, los muy baratos, rellenen con letra clara y ortografía correcta la ficha del hotel, mientras nosotros escribimos nuestra facturita: «por cuatro metros de caño culvo, deferteztos grifos, generalidad de arreglos y un quero precioso, 750 pesetas». ¡Que sean cultos ellos! Nosotros nos gastamos esas 750 pesetas en agua de lavanda, en almidón y corbata. El desdén lo ponemos gratis.

POZUELO